

exagerando sus pensamientos en vista de sus palabras, creyó ver en su descontento una conspiración de que podía servirse para causar (¡quién lo creyera!) la caída en 1809 de Napoleón y de su imperio. Como todos esos seres inquietos que se arrojan á conspirar, tenía necesidades tanto como opiniones, y por afición al dinero tanto como por desenfrenada actividad, concibió la idea de ir á tratar con sir Arturo Wellesley, que se hallaba en aquel momento en Coimbra.

Ese célebre general, vencedor de Vimeiro, y elevado, como se ha visto, al mando del ejército británico desde la muerte del general Moore, había sido enviado de Inglaterra con un refuerzo de doce mil hombres, refuerzo que hizo subir á cerca de treinta mil las fuerzas inglesas en aquella comarca. El general Cradock, su antecesor interino, no se había atrevido á oponerse al movimiento del mariscal Soult sobre Oporto, preocupado como se hallaba con la aparición del mariscal Victor hácia Mérida, y del general Lapisse hácia Alcántara; y se había quedado en las inmediaciones de Leiria sobre el camino de Lisboa. No era hombre sir Arturo Wellesley para permanecer en inacción, y estaba resuelto, sin salirse de los límites de sus instrucciones, que le prescribían no hacer otra cosa que defender á Portugal, á turbar todo lo que pudiera la dominación de los franceses en la Península. Desde luego trató de lograr que el mariscal Soult evacuase á Oporto, y una vez libre de enemigos el Norte de Portugal, dirigirse en seguida al Sur para ver de frustrar los proyectos del rey José sobre el Mediodía de España. Había establecido, pues, su cuartel general en Coimbra,

donde se hallaba á la cabeza de veinte y tantos mil hombres, y dirigido sobre Abrantes una división inglesa con otra portuguesa, para observar lo que hiciesen los franceses por aquella parte.

El capitán Argenton, que así se llamaba el oficial cuyas criminales intrigas contamos, gracias á la increíble relajación que se había introducido en el ejército, pudo sustraerse á su deber, trasladarse disfrazado de Oporto á Coimbra, y presentarse clandestinamente á sir Arturo Wellesley. Las deferencias de la autoridad francesa para con los vecinos de Oporto que tenían asuntos en Lisboa, á los cuales se les permitía ir y venir, á pesar del estado de guerra, contribuían no poco á facilitar las comunicaciones de este género. Argenton vió al general inglés (1), le habló de las disensiones del ejército francés, y de los partidos que en él se habían formado, exageró, según costumbre de la gente de su estofa, la realidad sobrado triste de por sí, y convirtió á simples descontentos en conspiradores, á hombres que murmuraban en hombres que querían obrar, y á los que se dejaban llevar de impulsos diferentes porque eran sinceros, en hombres que apetecían una misma cosa, es decir, derribar un régimen ruinoso para la Francia é insurreccionarse contra la autoridad del emperador. Igual en un todo á los cizañeros que toman á su cargo semejantes papeles, Argenton se atribuyó una comisión que no

(1) Puede leerse sobre esto la correspondencia del duque de Wellington, impresa en Londres, la cual confirma las noticias manuscritas que existen en los archivos del Louvre.

habia recibido, y manifestó, nombrando calumniosamente á una multitud de generales y coroneles, estaba encargado por ellos de presentarse al general en jefe del ejército británico, y tratar con él. Esto era una mentira, muy comun por desgracia en semejantes circunstancias, y á que sedá crédito sobradas veces aunque a menudo se descubra. El plan que ese intrigante proponia era el siguiente:

Si la poblacion se prestaba á ello, dijo, el mariscal Soult no dejaria de proclamarse rey, ó á lo menos, como se anunciaba en la circular, á tomar interinamente todos los atributos de la soberanía real. Bastaba un paso semejante para que estallara en el ejército un motin, y entonces se depondria al mariscal. Despues de este primer escándalo, los generales irian mas lejos, proclamando la caida de Napoleón, y en seguida, si el ejército inglés queria entrar en tratos con ellos y no perseguirlos, se retirarian á marchas cortas hasta los Pirineos. En un abrir y cerrar de ojos imitarián este ejemplo los trescientos mil que servian en España, y se veria al aguerrido ejército de la república y del imperio, acordándose de lo que fué, é indignado de que se le sacrificara á los proyectos de un ambicioso, abandonar la Peninsula, retirarse á los Pirineos, y desde allí proclamar la libertad de la Francia y de Europa, siempre no obstante que los ingleses aceptasen lo que se les proponia, esto es, seguir sin combatirlos á los que por medio de ese movimiento espantoso iban á restablecer la paz del mundo.

Esto era exagerar locamente. Lo que habia de cierto es que el ejército, que sabe juzgar tan bien

como la nacion lo que pasa á su vista, siendo fiel y todo á sus deberes, habia apreciado la política de Napoleón, y la censuraba en secreto aunque sirviéndola con heroismo; que pensaba así en España mas que en ninguna otra parte, y que bastaban unos cuantos dias de indisciplina para que se notara en los siete ú ocho cuerpos encargados de conquistar la Peninsula el caos de sentimientos que acababa de declararse en Oporto. Empero de este estado de cosas al proyecto de que se hablaba, habia tanta distancia como la que hay por lo regular de la realidad á las invenciones de los conspiradores.

El general inglés usó en esto de su principal cualidad, el discernimiento, y apreció en su verdadero valor las aserciones del capitán Argenton. Vió claramente que aun en su mismo ejército se juzgaba la política conquistadora de Napoleón; que ese ejército estaba dividido; que los lazos de la disciplina se habian relajado en él mucho, y que por grande que fuese el valor en sus filas, debia cumplir mal con sus deberes. Sin creer, pues, en una rebelion que empezando por deponer al mariscal Soult podria acabar en la caida de Napoleón, formó esperanzas de una cosa mas verosímil, y desgraciadamente mas hacadera: sorprender á los franceses en la ciudad de Oporto, y causarles un descalabro vergonzoso.

Si bien no dió á las proposiciones de Argenton mas fé de la que merecian, no le rechazó: al contrario, le comprometió á que volviese, proporcionándole los medios, y se negó á entrar en tratos con el ejército francés, y sobre todo, á inducir á los habitantes de Oporto á que proclamaran al ma-

riscal Soult rey de Portugal, lo cual, segun Argenton, hubiera precipitado la crisis. Acerca de todos estos puntos declaró que iba a consultar á su gobierno; pero viendo las ventajas que le ofrecia para una sorpresa el estado en que se hallaba el ejército francés, tomó la resolución de marchar sobre Oporto, para lo cual empezó por llenar la ciudad de espías, quienes á título de vecinos de Oporto ó de Lisboa, y bajo el pretexto de negocios, obtenian, por complacencia de la autoridad francesa, la libertad de ir y venir.

Argenton volvió al campamento sin que se hubiera hecho caso de su ausencia, la cual se atribuyó á motivos de libertinage; volvió á empezar varias veces sus criminales escursiones; vió de nuevo al general inglés, y procuró convertirle á la idea de favorecer el proyecto hacerse rey el mariscal Soult para precipitar un movimiento en el ejército, y tratar en seguida con los autores de este movimiento; pero con su insistencia logró únicamente ilustrarle mas y mas sobre el estado moral de las tropas francesas, y confirmarle en su plan de sorprender á Oporto.

Al regresar de su última escursion, atravesó Argenton la brigada del general Lefebvre que daba los puestos avanzados franceses en la orilla izquierda del Duero, y viendo estaba espuesta dicha brigada á ser atacada por el ejército inglés, el cual habia dejado en marcha, sintió un doble deseo en libertar al general Lefebvre a quien queria por haber servido á sus órdenes, y el de aliarlo en la soñada conspiracion de que él habia sido el forjador. Dijo, pues, al general que por su situacion iba á correr los mayores peligros; y como Lefebvre

quisiera saber qué peligros eran estos, Argenton acabó por revelárselos, declarándole que el ejército inglés se acercaba, confesándole para que le diera crédito, que venia de él, añadiendo, lo cual era falso, que habia ido comisionado por la mayor parte de los generales indignados de que se les sacrificara á la ambicion de la familia Bonaparte, y suplicándole se uniera á sus camaradas para contribuir á salvar el ejército y á la Francia (1).

Profundamente alarmado el general Lefebvre con estas revelaciones hechas en confianza, aunque le costaba tener que entregar á Argenton, descubrió al mariscal Soult lo que acababa de saber, rogándole no perdiera á un desgraciado que, por muy criminal que fuese, tenia sin embargo, derecho á su gratitud, puesto que habia querido avisarle y salvarle. Inmediatamente mandó el mariscal Soult prender á Argenton, y así fué como supo todo lo que pasaba en el ejército. Hubiera podido conocer habia descontento en su seno; pero negándose á atribuirlo á la verdadera causa, tuvo la debilidad de creer en una conspiracion, con la cual sin embargo, no armó mucho alboroto, conociendo que la situacion era difícil para todo el mundo, pues, no habia quien no tuviera que acusarse de algo. La voz de aquella prision se esparció como se habia esparcido la de un proyecto de reinado, y entonces se acriminaron á cual mas podia, unos de que conspiraban contra la seguridad del ejército, y otros de que meditaban una usurpacion, con todo lo cual se aumentó el desorden y creció la confusion.

(1) Estos pormenores están tomados de la declaracion del general Lefebvre.

Habia mas de un mes que el mariscal Soult estaba en Oporto, ocupándose en ponerse en relaciones con los habitantes, pero no tomando ningun partido respecto á las operaciones militares, ni el de avanzar, ni el de retirarse. Avanzar era como imposible, pues para ello habría que vencer, además de la poblacion, al ejército inglés, y aunque en rigor fuese esto posible con veinte mil franceses aguerridos, y un general habil, era sumamente imprudente intentarlo. Quedarse era tambien cosa impracticable, pues se trataba como siempre de tener que batir al ejército inglés y que contener á una poblacion insurreccionada que nos acosaba por la derecha, por la izquierda y por retaguardia. Retirarse por los caminos que iban a parar á Castilla la Vieja, es decir, por Amarante, Chaves y Braganza, ó por los que conducian á Galicia, esto es, por Braga y Tuy, regresando al punto de donde se habia salido, era, aunque poco brillante, la única conducta que habia que seguir. No hacerlo, era preferir un desastre á un disgusto.

Por desgracia no pensaba en ello en manera alguna el mariscal Soult. Ocupado en pacificar el nuevo reino de la Lusitania Septentrional, habia abolido ciertas contribuciones, creado arbitrios perpétuos para alumbrar ciertas imágenes, y recogido el voto de las poblaciones inducidas á pedir la creacion de un trono francés. Diputaciones de Braga, Oporto, Barcelos, Viana, Villa de Condé, Feira y Ovar, fueron con mucha pompa, unas tras otras, á rogarle diera un rey á Portugal, y como todas esas ceremonias se parecian á un besamanos español, el ejército que las presenciaba, se burlaba de ellas á mas y mejor, usaba un language capaz

de echar por tierra toda autoridad militar, y cada vez se mostraba mas dispuesto á descuidar el cumplimiento de su deber. En medio de esas vanas ocupaciones supo el mariscal Soult que sir Arturo Wellesley habia desembarcado el 22 de abril con un refuerzo de doce mil hombres, y que cerca de treinta mil soldados ingleses, seguidos de todos los insurgentes portugueses, iban á marchar sobre Oporto. Entonces conoció al fin que el único partido que habia que tomar era abandonar la capital del nuevo reino proyectado; pero una vez admitida esta triste necesidad, que hubiera sido muy útil reconocer mucho antes, era preciso decidirse y obrar lo mas pronto posible para no dejar nada atras, ni material, ni heridos y enfermos sobre todo, que no podian quedar á discrecion de un pueblo feróz. Era menester elegir una linea de retirada ó por Amarante hácia Zamora, ó por Braga hácia Tuy. Retirarse por Amarante presentaba la apariencia una maniobra, que salvaba el amor propio del general en jefe, pues, parecia que nos dirigiamos sobre la izquierda de los ingleses, sin dejar no obstante á Portugal; mientras que retirarse por Braga era simplemente volverse como se habia ido y por el mismo camino. Empero la retirada por Amarante era difícil y exigia mucho tiempo, pues debia verificarse por un camino en que no poseamos ningun punto, y formados en una larga columna que los heridos y enfermos alargarian todavia mas, siendo preciso proteger la cabeza y el centro contra los insurgentes, y la cola contra los ingleses. Retirándose por Braga sobre Tuy, el camino era corto, enteramente nuestro en todos los puntos, y reconcentrandonos en la retaguardia con las mejores

tropas para hacer frente á los ingleses, y protegíamos con nuestra misma masa todo lo que se enviara delante. Era, pues, la única retirada segura, fácil y admisible, aunque fuese la menos á propósito para formarse ilusiones sobre lo que iba á pasar, es decir, que abandonábamos á Portugal á la fuerza.

Sea lo que fuese, y ya se prefiriera esta á la otra línea, era preciso resolverse sobre la marcha, y enviar á Amarante, si se adoptaba esta última dirección, fuerzas considerables para impedir que los ingleses atravesasen el Duero hácia nuestra izquierda, ó interceptaran el camino que se hubiese escogido; pero sobre todo era preciso enviar los enfermos, los heridos y el material grueso. El mariscal Soult, que desde el 8 de mayo sabia los movimientos de sir Arturo Wellesley, se limitó á reconcentrar sus diversos puestos avanzados de Braga, Viana y Guimarães sobre Amarante, y á mandar al general Loison se abriese paso al otro lado del Tamega, para estar seguro de poder atravesar este riachuelo. Pero ni aun en Oporto hizo preparativo ninguno de marcha, lo cual era en extremo lamentable, pues sin que por ello pudiera preverse un desastre, era evidente que la retirada habria de ser tanto mas difícil, cuanto mas tarde se empezase. Al principio se propuso partir el 10 de mayo, á los cuarenta días de haberse establecido en Oporto; luego adoptó el 11, y en seguida en fin, quiso esperar todavía hasta el 12, para arreglar sus últimos preparativos. Empero el 12 estaba destinado por la Providencia para uno de los sucesos mas extraños de aquella funesta guerra.

Sir Arturo Wellesley, despues de enviar, como se ha dicho, una brigada inglesa y otra portuguesa

sobre Abrantes, á fin de observar los movimientos de los franceses hácia el Tajo, resolvió marchar él sobre el Duero, y presentarse nada menos que en Oporto, informado perfectamente como se hallaba de cuanto pasaba allí, y del increíble desorden que en todo se habia introducido. El general Beresford, encargado especialmente del mando de los portugueses, se dirigió de orden suya desde Coimbra hácia Lamego por Viseo. La intencion del general inglés era interceptar á la vez el camino de Braganza, y separar la atención de la ciudad de Oporto, donde debia hacerse la tentativa mas importante. Al mismo tiempo dirigió sus dos principales columnas, una á la izquierda por el camino del litoral, de Aveiro á Ovar, y á otra á la derecha por el que de lo interior va á parar de Agueda á Bemposta. La de la izquierda, así que llegara á Aveiro, tenia que atravesar unas largas lagunas paralelas á la costa de Portugal, y por las cuales se podia navegar. Sir Arturo Wellesley embarcó allí un fuerte destacamento que yendo á bajar á Ovar, debia salir á espalda de la vanguardia francesa, formada de infantería y caballería y mandada por el general Franceschi. Sir Arturo Wellesley ordenó á la columna de la derecha que atacase de frente á Franceschi, así que las tropas desembarcadas en Ovar estuviesen en posicion de arrojarle sobre su retaguardia.

El 10 de mayo fué cuando se verificó este movimiento; pero el valiente general Franceschi, sorprendido y acometido en todas direcciones, se portó con la mayor sangre fria, cargó bajo el fuego de metralla ya á la infantería, ya á la caballería inglesa, destruyó tanta gente como perdió, y salió de aquel mal paso con no poca fortuna. Aque-

lla sorpresa era una triste consecuencia de un estado de cosas en que dejábamos que todo lo nuestro lo supieran los ingleses, sin conseguir saber nada de ellos. El día 41, replegados nuestros destacamentos sobre Oporto, en los arrabales de la orilla izquierda del Duero, volvieron á pasar el río, trayéndose todas las lanchas á la orilla derecha.

Parecia que advertido el mariscal Soult el 40 y el 41 por la presencia del ejército inglés, debía haber tenido todos sus enfermos y heridos no en los hospitales de Oporto, sino en el camino de Amarante, y haberse apoderado de un modo positivo de esta última poblacion; pero el día 41 no habia marchado ninguno de los heridos, y se contaba con la posesion de Amarante sin estar seguros de ello. El mariscal aguardó todavía el 42 para dejar definitivamente la ciudad de Oporto, de la cual tanto le costaba desprenderse. La única precaucion que tomó, fué mojar la pólvora que no podia llevar, y dividir la artilleria gruesa imposible de arrastrar, y la de campaña que habia medios de conducir, proporcionándose con esto un parque ambulante de 22 piezas. El 42 debía verificarse la marcha, para lo cual estaba escalonado el grueso del ejército sobre el camino de Amarante por Baltar, y la division Mermet repartida en lo interior de Oporto, á fin de proteger el movimiento de retirada.

Pero en la misma noche del 41 concibió sir Arturo Wellesley un proyecto que hubiera sido extravagante por lo atrevido, á no estar el general inglés tan bien informado como lo estaba del verdadero estado de cosas: este proyecto era

pasar el Duero delante del ejército francés, y tomar á Oporto á su vista. En la noche del 41 envió dos batallones á Avintas, dos ó tres leguas mas arriba de Oporto, con encargo de que atravesaran el Duero sin que lo supieran los franceses, recogieran allí todas las lanchas que encontrasen, y las hicieran bajar antes que fuese de dia hasta Oporto. En seguida se situó con el grueso de sus tropas en los arrabales de la orilla izquierda, completamente oculto con las casas, y aguardando el momento de ejecutar su plan, cuyo secreto habia comunicado únicamente á los dos tenientes generales encargados de dirigir las columnas de ataque.

Efectivamente, el 42, muy de madrugada, los dos batallones enviados á las órdenes de John Murray á Avintas recogieron un número suficiente de lanchas, y habiéndolas enviado hacia Oporto, sirvióse de ellas el enemigo para desembarcar antes que amaneciese algunos batallones mandados por el teniente general Paget, el cual fué á saltar en tierra de improviso y sigilosamente al extremo superior de Oporto, ocultando sus tropas en un edificio llamado del Obispado, que dominaba la orilla derecha. Bien ocupado ese punto de desembarque, trasladaron á él los enemigos, de destacamento en destacamento, el resto de la brigada Hill, y ya era de día claro sin que el estado mayor francés supiese nada de lo que pasaba: ni aun queria creer los avisos que le dieron varios testigos oculares. El general en jefe, en vez de ir á asegurarse de ello por sus propios ojos, se fió desde luego del informe negativo de sus lugartenientes, á los cuales acusó mas tarde de que lo habian

engañado, y que sin duda obraron mal, pero no tanto como él, pues en esos casos la responsabilidad se aumenta según es la graduación. Esta incredulidad permitió á los ingleses llevar unos cuantos miles de soldados á la orilla derecha del Duero, con lo cual tuvieron tiempo de establecerse en la ciudad de Oporto, y á poco ni aun se tomaron el trabajo de ocultarse. Empero habiéndose al fin trasladado el general Foy personalmente á aquellos parages, y convencido del peligro, corrió á los cuarteles, hizo que las tropas tomaran las armas y dirigió el 17.º de lijeros hacia el edificio que los ingleses habian ocupado. Desgraciadamente una vez tomadas posiciones, no era facil desalojarlos. El general Mermet, que formaba la retaguardia con su division, dirigió sus tropas hácia el punto de que los ingleses se habian hecho dueños, resuelto á atacarlos con vigor y á precipitarlos en el rio; pero al dirigirse hacia la parte alta de Oporto, dejó descubierto el centro, y aprovechandose el teniente general Sherbrooke del abandono en que quedaba esta parte de la ciudad, desembarcó allí rápidamente su brigada, de manera que en un instante se llenó Oporto de ingleses. El valiente general Delaborde, á la cabeza del 4.º de lijeros de infanteria y del 15.º de linea, les cargó con furia, y los rechazó hasta el borde del rio, pero no pudo arrancarles los edificios que les servian de apoyo, y salió herido, así como el general Foy, sin lograr vengar el honor del ejército de aquella sorpresa nunca vista.

En el punto á que habian llegado las cosas, y estando como estábamos resignados á dejar á Oporto, era casi inútil disputar á costa de una inmen-

sa efusion de sangre una ciudad que hubiera sido preciso volver á conquistar calle por calle, contra tropas á las que no se arrojaba como á los portugueses de las posiciones de que se habian apoderado. Es verdad que quedaban en Oporto unos mil heridos y enfermos, depósito sagrado que importaba salvar; pero habria sido menester poseer la ciudad por espacio de algunos dias para tener tiempo de sacarlos, y era imposible esperarlo. Este es el motivo que decidió la retirada de los franceses, despues de haber luchado enérgicamente el general Delaborde, y con pérdida de algunos centenares de hombres, que el mariscal Soult y sir Arturo Wellesley hicieron subir mas tarde á un número exagerado. Lo mas sensible era tener que dejar á nuestros heridos y enfermos en poder del enemigo, y sobre todo, dejarnos allí la honra del ejército, pues no habia ejemplo en los anales de la guerra de una sorpresa como aquella. Afortunadamente nos reemplazaba en Oporto el general de una nacion civilizada, y nuestros enfermos, que hubieran corrido riesgo de ser degollados si hubieran quedado en poder de los insurgentes, no corrían otro peligro sino que no se les cuidara (1).

Retiraronse, pues, los nuestros á Baltar en la tarde del 12, muy irritados unos contra otros, los generales acusando al comandante en jefe, de que por incuria habia hecho viniesen ja para las co-

(1) El duque de Wellington se portó dignamente en aquella circunstancia, pidiendo al ejército francés sus mismos facultativos para que asistieran á sus enfermos, y concediendo á esos mismos facultativos un salvoconducto para que pudieran ir y venir.

sas á hacer posible la sorpresa de Oporto, y el comandante en gefe acusando á sus lugartenientes de que no le habian dado parte de haber pasado el enemigo el Duero. Llevaba consigo al criminal autor de las comunicaciones con el ejército inglés, á Argenton, á quien habia mandado prender para someterlo á los tribunales, y quiso se encargara de su custodia el general Delaborde; pero habian llegado las cosas á tal punto, que Delaborde se negó á ello, diciendo que todos deseaban contribuir á que se escapara aquel intrigante para cubrir con un velo lo que habia pasado, y que deseando él se aclarase el asunto, no queria ser responsable de semejante evasión. Efectivamente, Argenton, que era hombre diestro, logró escaparse y se refugió entre los ingleses, sin que se pudiera acusar á nadie con razon de connivencia, aunque en el ejército se acusaba á todo el mundo (1).

Cuando el general Soult llegó aquella noche á Baltar, supo un nuevo contratiempo, más funesto todavía que el que habia sucedido por la mañana en Oporto. No teniendo el general Loison fuerzas suficientes para abrirse el paso del Tamega, y temiendo le cortarían la comunicacion con Oporto por el gran número de enemigos que tenia al frente, habia evacuado á Amarante, con lo cual entregaba á los ingleses el camino de Braganza. Esta última contrariedad se convertia en desastre, pues para llegar al camino de Tuy por Braga, que hubiera valido mas cien veces adoptar desde un principio, era preciso regresar hasta muy cerca de Oporto, y de-

(1) Pocos meses despues se le cogió, y habiendo sido juzgado, fué fusilado.

bia naturalmente suponerse se encontraría allí el ejército inglés dispuesto á impedir el paso. Ahora bien, ¿cómo rompíamos por medio del enemigo para llegar al camino recto de Braga? Habia muchas razones para desesperar de ello en el estado en que se encontraba el ejército, y no se sabia qué partido tomar. Sin embargo, á haber tenido el mariscal Soult un poco de sangre fria, hubiera podido formar un calculo que se ocurría con bastante naturalidad. A pesar de la sorpresa de por la mañana, no era fácil creer que el general inglés hubiera ya trasladado todo su ejército de una orilla á otra del Duero, pues esa clase de operaciones se ejecutan lentamente cuando no se han preparado medios con mucha antelacion. Aunque lo hubiera hecho, no era probable hubiese reconcentrado ya todas sus tropas á retaguardia de los franceses, de modo que pudiera impedir á estos el paso del camino de Amarante á Braga. A lo mas podia hallarse una vanguardia en el punto intermedio de los dos caminos, y en este caso habia probabilidades de atravesarla. Bien es verdad que en esa especie de situaciones no se inclina uno á suponer las probabilidades mejores sino las peores, y despues de haber confiado demasiado en la suerte, se confia demasiado poco. En esta coyuntura especialmente, hubiera salido bien el mariscal Soult á ser mas confiado, pues sir Arturo Wellesley no mandó acupar á Valongo, primer punto situado mas allá de Oporto, hasta el 13 por la mañana con una simple vanguardia, y no se presentó allí personalmente á la cabeza de su ejército hasta el 14; pero no pudiendo el mariscal Soult adivinar esta circunstancia, ni sabiendo preverla, tomó un partido desesperado.



Tenia delante una cordillera escarpada, mas allá de la que se estendia el camino da Braga, y mejor todavía que este camino, el de Braga á Chaves, al cual podia ir á parar directamente sin bajar hasta Braga, lo cual le permitiria llegar á Chaves antes que las tropas del general Beresford. Como no habia mandado preparar de antemano en Tuy medios de pasage; tenia precision, lo mismo que la primera vez, de subir hasta Chaves para atravesar el Miño en los montes hacia Orense.

Empero para pasar aquella cordillera, llamada sierra de Santa Catalina, era menester seguir sendas de cabras por donde los ginetes no podian caminar sino apeándose, y los artilleros abandonando sus cañones. Era preciso, pues, resolverse á sacrificar toda la artilleria, y nada mas humillante que este sacrificio, despues del de tener que deponer las armas, por lo mismo que no hay ninguno tan funesto para un ejército. Una vez tomada esta resolucion, el mariscal Soult tuvo el mérito de ejecutarla sin pérdida de tiempo, mandando reunir al instante la artilleria y los arcones para volarlos. Antes se tuvo cuidado de dar á los soldados todos los cartuchos que podian conducir á la espalda; y hasta se quiso entregar una porcion del tesoro á su avidez, pero fué inútil, porque la mayor parte de ellos tenian ya llenas las mochilas. Casi toda la caja desapareció en la esplosion que destruyó la artilleria.

Consumado este cruel sacrificio, se dirigió el ejército sobre los flancos escarpados de la sierra de Santa Catalina, hácia la cual se habia encaminado ya un trozo de columna, y todo el dia 13 lo empleó en atravesarla. Los soldados tuvieron que

sufrir mucho en aquel camino, porque iban muy cargados y tenian que trepar por sendas muy dificultosas. Al fin se llegó por la tarde á Guimaraens, donde se encontró al cuerpo del general Loison que se habia replegado á aquella villa dejando á Amarante, y ademas los diversos destacamentos que á las órdenes del general Lorge habian evacuado el litoral. De este modo se hallaba reunido todo el ejército, y gracias al sacrificio que habia hecho de la artilleria, podia pasar por cualquier parte.

Ventaja era esta comprada muy cara para no aprovecharla, sobre todo á fin de preservarse de la persecucion del general Beresford, quien, despues que hubiese ocupado á Amarante, podia dirigirse via recta sobre el camino de Chaves, y volver á interceptar nuestra linea de comunicacion. Soult marchó sin detencion hacia Salamonde y Ruivaens, hasta renunció, para mayor seguridad, á pasar por Chaves, donde estaba seguro de que encontraria á los portugueses que se habian apoderado de la guarnicion de aquella villa, y se dirigió sobre Monte Alegre, de donde partia un camino mas corto que conducia á Orense.

Pero pronto se supó que para dar tiempo á que el general Beresford alcanzara á los franceses, cortaban los insurrectos los puentes y obstruian los desfiladeros; pero especialmente que unos paisanos habian cortado el Puente Nuevo y estaban emboscados en las inmediaciones para impedir el paso. Era preciso á toda costa salvar este obstáculo, ó dentro de veinte y cuatro horas iba á cogernos por el flanco el general Beresford, y de cuarenta y ocho por la cola sir Arturo Wellesley. El mayor Dulong,

del 31.º de infantería ligera, se encargó de superar la dificultad, y para ello tomó cien hombres escogidos, dirigiéndose á oscuras al puente, que encontró cortado y custodiado por los paisanos. Afortunadamente habian dejado estos para su uso dos viguetas, y además, á fin de resguardarse del temporal, que era espantoso, se habian agazapado en una choza donde solo pensaban en calentarse. El mayor Dulong, aprovechándose del descuido de los portugueses, atravesó sobre las viguetas con los valientes que le seguian, se arrojó en seguida sobre la choza en que se habian resguardado los paisanos, los pasó á cuchillo, y libre de ellos, se apresuró á componer el puente con la madera que encontró á mano. Al rayar el dia 16, halló el ejército reparado el puente, y pudo desfilar, salvado de las faltas de sus gefes por el valor de un oficial y el beneficio de la casualidad.

Bien pronto tropezó con un nuevo obstáculo en el puente de Misarella, cerca de Villa-da-Ponte. En el fondo de una garganta estrecha, donde apenas podian marchar de frente dos hombres, y desde cuyas alturas hacian disparos sobre nuestros soldados gran número de paisanos, se presentaba un puente cubierto de escombros, que los portugueses habian empezado á destruir. Al mismo tiempo se oia en la cola el fuego que principiaba entre nuestra retaguardia y la vanguardia del general Beresford. No se necesitaban tantas circunstancias para escitar la temeridad de nuestros soldados. Lanzáronse valerosamente en la garganta, á pesar del fuego de las alturas, tomaron los escombros, mataron á los portugueses que los defendian y atravesaron el puente; pero en la retaguardia hubo

desorden y se perdió un resto de bagages que conducian algunos mulos. Pasamos adelante muy consolados de esta pérdida, y al fin llegamos al camino de Orense, el 19 de mayo, estenuados de cansancio, descalzos, casi desnudos, habiendo caminado con frecuencia sin tener viveres, con lluvias de primavera, que en aquel pais son horribles. El mayor motivo de sentimiento, además de la pérdida del material, era haber dejado en Oporto muchos enfermos que el honor ingles iba á proteger sin duda, y sobre todo, haber abandonado por los caminos bastantes heridos y despeados, que el honor portugués no protegía absolutamente, pues los mataban los insurrectos que nos seguian. Hayase dicho lo que se quiera mas tarde, la capitulación de Cintra, después de la batalla de Vimeiro, dada con valor aunque se perdió, no fué tan costosa para la gloria del ejército, ni disminuyó tanto las tropas, como la sorpresa de Oporto, la destrucción de nuestra artillería en Peñafiel, y esa marcha precipitada por medio de las gargantas de la provincia de Tras-os-Montes. El estado moral de nuestras tropas guardaba relacion con el estado material, pues los soldados, aunque llevaban repletas las mochillas, estaban descontentos de sus gefes y de sí propios, y siguiendo en su indisciplina, se mostraban severos, como sucede siempre, con los que les habian dejado caer en ella. Las burlas sobre el reino de Oporto desvanecido aumentaban lo triste de aquel espectáculo.

Apenas llegó á Orense, se vió obligado el mariscal Soult á trasladarse á Lugo para libertar á esta ciudad, espuesta á las tentativas de los insurgentes de Galicia de resultas de la ausencia del